anciana. Admiraba aquella conformidad con el brutal azote que la hería en sus sentimientos y amores más profundos. Caía la tarde, y en rededor se oía misterioso rumor de hojarasca. Las montañas iban extendiendo sus negras proyecciones sombrías, y por el suelo pasó algo negro y raudo como la sombra de un ala gigantesca.

¿No seria culpable aquella ciega fe de tanta desdicha? No me atreví à insinuarlo. En el rostro de Gila, aquella fe era además consuelo y esperanza. Por ella había dado su compañero al subterráneo y su hijo à la profundidad de los mares. Luego pregunté por los reyes.

—Son enviados del Señor—contestóme—. ¡Mi alma, que son garridos!

—Pero ¿no eran—insinué—de la misma carne y la misma sangre que sus netezuelos?

A lo cual Gila contestó:

-¡Calle, señor; no diga blasfemias!

De pronto cogi á la anciana por el brazo.

—Gila—le dije—: hay mucha injusticia en el mundo, mucha iniquidad, mucha odiosa barbarie, y esa barbarie, mientras hilas tu copo, se perpetúa. Dos pasos te hubieran bastado para ver el portal vacío. Una exclamación hubiera salvado á tu hijo de la muerte, un grito á tu oíslo de la espadañada. Aun puedes salvar á tus nietos. Vieja ó joven, tienes sangre en las venas. Eres mujer.

Me miró con aire de estupor y de asombro.

—Calle, calle, señor, y Dios le valga. Asina he vivido y asina también he de morir.

—¡Mira, Gila—he gritado—: todas las piedras de este valle están pidiendo misericordia, todas las ramas demandan luz, todas las montañas y esos ríos y esos astros que brillan están clamando resurrección!

Gila entonces ha bajado la frente y ha murmurado no sé qué rezos.

Y entonces la he dejado: he bajado frenético por los senderos enarenados; he golpeado al pasar con el puño las puertas de las solitarias viviendas; he borrado furioso con el pie las huellas de camellos; he mirado con desprecio al molino; he lanzado una mirada postrera y desdeñosa á un sitio imaginario en donde debiera encontrarse el nudo misterioso de aquella trama. Un momento me he detenido, y me ha parecido oir todavía á lo lejos murmurar á Gila su rezo y maullar á su gato de postura de esfinge...

Después... nada. Nada, sino el rumor de céspedes hollados por ráfagas siniestras; olor acre de candelillas apagadas, ó artificiosos y recientes barnices.

Me diréis que todo esto no ha ocurrido en Belén. Pero meditad un momento: todas esas mujeres que sufren como Gila, que se resignan como Gila, que hablan y se conducen como Gila, decidme, ¿en dónde están?

## VI

—Mi vida—ha dicho mi amigo, atusando sus enmarañados bigotes—ha sido peor cien veces que la del hombre malo, puesto que yo he perdido sin jugar. Desde muy niño consagré toda mi actividad y mi inteligencia al estudio. «Este niño—decian profesores y amigos—será sin duda un hombre de provecho. » Esto me estímuló, hasta el punto de imitar tempranamente al famoso hidalgo en lo de pasarme los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. A los quince años mi cabeza era una biblioteca y mi despacho una galería de cuadros con diplomas. Al final, con premios extraordinarios, lucía sus rúbricas y estampillas el codiciado título de bachiller.

Mi padre cultivaba un bufete cuyos ingresos evaluaba en seis ó siete mil duros. Gocé del bienestar, pero prosegui mis estudios con ansia. Los estrados serían el templo de mi gloria y algún dia representaria al país en Cortes. Tales eran mis desiderata. Cuando terminé la carrera, hube de esperar un año para ejercer. Abrí mi despacho, y sin esfuerzo pude liquidar al finalizar el primer semestre una cantidad estimable: tres mil pesetas.

Frecuentaban mi casa Sagasta, el marqués de la Vega de Armijo y Silvela. Este se prendó de misjuveniles arrestos y me ofreció ayudarme. Pude darle de ello ocasión en su bufete y en el Circulo del partido. Pero comencé el doctorado. Mis profesores fueron don Francisco Giner, don Gumersindo de Azcárate, y por mis aficiones metafísicas el insigne don Nicolás Salmerón. A los cuatro días declaré formalmente que sería republicano; activo, se entiende, porque platónico ya lo era. Al mes había publicado sendas diatribas contra mis antiguos amigos. No hay que decir que perdi la amistad de Sagasta y Silvela, con más la de mis clientes aristócratas. Al finalizar aquel año, los ingresos se habían reducido como por arte de encantamiento à la mitad.

Eso sí; yo seguía la huella de Aquiles Zurita—digo, de aquel inmortal y cándido estudiante quenos dió á conocer en su maravilloso cuento Cla-

rin—. Oia absorto las doctrinas de Giner el austero, pero ya periclitaba el racionalismo, y era don Nicolás con sus doctrinas neokantianas quien aduefiábase de mi espíritu. Descuidé por completo el bufete. Don Francisco decía que era primero ser que valer, realizar en la vida el propio destino. Don Nicolás ensalzaba la austeridad y el imperativo categórico. Había que luchar, no por el poder, sino por el sacrosanto derecho. El abogado, sin más, era un ser inferior, y el ejercicio de la profesión algo desagradable, que mal se concertaba con la independencia de carácter y la alteza de miras del ciudadano virtuoso.

Comencé à rechazar los asuntos dudosos; luego los de clientes opuestos en ideas. Dejé las amistades nefandas: prius mori quam fædari. Si hubiera vacilado, alli estaba Alfredo Calderón para darme el ejemplo. El bufete se fué à paseo. Me hice escritor y propagandista republicano.

Cuando murió mi padre fui victima de gentes extrañas. Antepuse mis convicciones al bienestar y tranquilidad de los mios. Abandoné todos mis derechos escritos por salvar la integridad de mi honor. Comencé à notar que me iba aislando de mis relaciones, que eran, naturalmente, pertenecientes à las clases fustigadas por mi. En cambio, oia elogios de algunos obreros, los cuales, cuando yo les necesitaba, me cobraban más caro que de costumbre.

Ya no tenía hotel, ni jardín, ni carruaje; vivía pobremente y mi ropa comenzaba á adquirir también carácter estoico. Pero tenía á don Nicolás. Asistía á su clase, y aun cuando me dolía de su individualismo, admiraba cada vez más su insuperable y limpia oratoria, su mirada dominadora y fulgurante, su invocación perpetua á la austeridad.

Ya no aspiraba yo en modo alguno à ser diputado; no tenía las condiciones que juzgaba para ello precisas don Francisco, ni quería deber un acta à la intriga, la suerte ó el dinero, como cualquier vulgar medianía. Compadecia à los candidatos que renunciaban à su decoro con tal de salir elegidos por malas artes. Silvela me encontraba en la calle y sonreía, con aquel gracioso gesto mefistofélico. Mis antiguos amigos, aun los más zotes, ocupaban brillantes puestos. Don Nicolás me hizo pasar un día à su comedor, y después de varias divagaciones interesantes, escuché de sus labios: «Amigo mío, hay que esperar tiempos mejores.»

¿Mejores? Se engañaba. Para mi lo mejor era aquello: luchar por la verdad, escribir de balde, tolerar despotismos é ingratitudes. Llevé hasta el delirio mi quijotismo. Toda mi vida se truncaba siguiendo á aquel hombre destinado á malograr cuantas empresas acometia. Pero eno ocurría lo mismo à toda una generación entusiasta, guiada por los sabios incomparables, no sólo á la pobreza y a la obscuridad, sino al ridiculo y la derrota? Calderón se quejaba ya de abandono, de ceguera, de fatiga cerebral; González Serrano se apartaba del maestro por siempre, harto de desdenes injustos; Francos, Simarro, Escuder, Altamira, buscaban nuevos rumbos; Miralles y Delorme morian en el desamparo; Maldonado se arrojaba por un balcón. Pero yo me indignaba cuando se hablaba del bufete de don Nicolás, de sus amistades con generales y prelados, de sus opiniones y sus silencios cuando cuarenta mil soldados eran sacrificados sin pelea y sin gloria. ¿Qué me importaba? Lo esencial era para mi realizar mi destino en, por y bajo lo Absoluto.

Entre tanto la fortuna sonreía al sabio filósofo. Como había abominado del viejo krausismo, parecia abominar en política del imperativo categórico. Acabó por aliarse con los carlistas, con los neos, con los solidarios. Yo quedé estupefacto. ¿Para eso se nos había hecho sacrificar posición y fortuna, carrera y prestigio? ¿Para proclamar á los cuatro vientos que había que dejarse de utopías y decirle á uno mismo en sus barbas que debía olvidarse de anhelos románticos?

Me vi de pronto catedrático de Psicología en el Instituto de Santoña, preparando á mis comprofesores sabrosísimas calderetas. Aun para eso era tarde, careciendo como carecía de toda protección oficial. Había que empezar á vivir y comencé de nuevo con empuje, con brio. Afortunadamente, me bastaba yo sólo para recobrar lo perdido, sin menoscabar mi independencia ni mi dignidad.

Era difícil. Creía conservar el respeto de los hombres de estudio. Pero éstos me tachaban de anticuado y de cursi. Hasta en el orden intelectual nos había aplastado aquel encierro per omnia secu-

la en la Critica de la razón práctica.

Pensaba yo, con las lágrimas en los ojos, en los entusiasmos perdidos, en mi vida entera frustrada. Y quedé triste, abatido, como hubiera quedado el Nazareno, si alguien le hubiera dicho que su sacrificio sería estéril. Las ideas que un tiempo defendimos, eran ya rechazadas por el maestro, individualista doctrinario, revolucionario, aunque platónico, militarista transigente con ideas que antes consideraba nefandas, respetuoso con los odiosos contubernios. Puesto que él tenía un poderoso cerebro, los equivocados debíamos ser de seguro nosotros, no él.

Pero cuando se aniquita á toda una generación,

no hay derecho à decirle que los tiempos y las ideas evolucionan. También hubiera evolucionado si hubiera vivido don Fernando de Castro, pero como Holtzendorff y Schæffe. ¿Pensaria, si viviera, como piensa don Nicolás?

Mi amigo enmudeció. En sus ojos se retrataba el más hondo, el más inconsolable pesar.

-Levanta la frente-le he dicho-. Has cumpli-

do con tu deber.

Por grande que sea el maestro, la verdad es antes. Descubre tu cabeza ante el hombre insigne, y despídete para siempre del gran conceller de Cataluña, que pudo hacer una patria nueva, y no acertó sino á malograr los esfuerzos de tantos hombres de inteligencia y de corazón.

## VII

Unos versos medidos bien ó mal—allá el oído de los lectores—han suscitado rudas polémicas. El hecho no tiene precedentes de cuarenta ó cincuenta años acá. ¿Es que los versos encierran ideas salvadoras ó abominables? ¿Es que el poeta se inspira en nuevos y altísimos ideales? Nada de eso. Se discute sólo la forma. Es por unos combatida á título de extravagante. Defendida es por otros, más que por mérito, por novedad.

¡Cosas nuevas! Todos hemos soñado algún día con una renovación total de la vida y del pensamiento. El afán de innovar es acaso lo que más distingue al hombre del bruto. Con ojos serenos é inmóviles contempla el irracional cuanto sucede á su alrededor. Su mirada, descrita con tanta verdad por Leconte de l'Isle, tiene ante el espectáculo de la Naturaleza la impasibilidad de la esfinge muda. El hombre, no. Su mirada es inquisitiva; su cerebro compara lo que ve con el arquetipo ideal que se forja en su fantasía. Y de la comparación de lo vivido con lo pensado, surge el ansia de crear y modificar lo que le rodea. Es así como, modificado por el medio, le va modificando á su vez. Así puede llegar un día en que no este ni aquel Dios, sino el hombre, acabe por crear un mundo á su imagen y semejanza.

Si lo propio del genio es crear y lo que caracteriza al arte es el hacer, nada ha de encerrar en si el fervor de lo nuevo con tanta intensidad y potencia como el genio artístico. Los grandes guerreros, que fueron también artistas excelentes, no sintieron solamente el afán insano de destruir: experimentaron acaso con más fuerza el de formar imperios, dictar leyes, crear costumbres que no fueran como los imperios, costumbres y leyes ya

conocidos en la historia.

Conoceréis al genio, no sólo por sus obras, sino por sus meditaciones. Delante de un mapa le veréis, pensativo, apoyar el dedo en los continentes y trazar líneas imaginarias. Está abriendo canales, uniendo continentes, agrupando reinos, combinando razas. El juntaria estos ó aquellos pueblos, formaría nuevas entidades políticas, y si le apuraseis, suprimiría de una plumada los Alpes ó enjugaría con un soplo el Adriático. Y aquel hombre, que no pasará tal vez en su vida de auxiliar quinto de una contaduría provinciana, hubiera hecho algo de eso—no hay por qué dudarlo—si

hubiera visto la luz en Córcega y se llamara Bonaparte, ó en el centro de Francia y se apellidara L'esseps.

La historia del genio es asi: casi siempre labor destructora. No se dió la cicuta á Melito ni la cruz à Poncio; se adjudicó á quienes socavaron las bases de una civilización y una fe. Pero observemos bien: lo que el genio transforma no son palabras, ni ritmos, ni sonidos: son, ante todo, ideas. Y cuando rompe moldes, no es para verter en los nuevos odres el vino añejo maleado, sino para derramar con la opulencia y prodigalidad de su numen, en las ánforas nuevas, las flamantes y doradas idealidades.

Veamos si esto no es aplicable à la poesía. Nuevas fueron las homéricas formas, pero lo era también el Olimpo griego. Acaso nació con el viejo Aristófanes aquel diálogo entrecortado que hoy procuran hacer vivo y caliente los dramaturgos; pero en él nacía rosada y pulida la sátira. La historia de las innovaciones métricas es la de los civilizadores contagios. Con Boscán y los Argensola no vino sólo à España el soneto; vino todo el genio del Renacimiento italiano, como con la letra de molde llegó el espíritu magno de la Reforma.

Y ahora innovar la métrica... Bien parece, si con ella ha de llegar un soplo de vida á esta petrificada concepción de la tierra y del cielo, del pensamiento y de la vida. Lo que no puede ser es que triunfen formas que nada anuncian, odres secos, ánforas vacías, ó llenas á lo sumo de toda la ranciedad del fanatismo y todos los mostos de la rutina.

Los poetas, obligados de una vez para siempre, vienen á crear nueva poesía, no de una vieja de su padre, sino de fino y reluciente cuño. La vida

moderna ha creado nuevas pasiones, nuevos dolores y conflictos, esperanzas y luchas diferentes de las que cantaron Berceo y Manrique. Canten los vates ese Universo, y la forma surgirá espléndida y virgen, como surgen los frutos al hervor de la savia.

Pero crear un sonsonete y dejar dentro todas las abominables herrumbres... ¿Cómo ha de acertar á halagar al oído quien no sabe interesar el corazón y el cerebro? Cuando se ha agotado la inspiración, cuando la caducidad de ideales ha bebido su última gota, hay que arrojar al mar, no ya el transparente vaso de bronce de Catulo, sino la misma dorada copa del rey de Thulé.

## VIII

¡Oh, qué brava, qué sacrosanta indignación la de los fieles devotos avileños! Catulo Mendes ha profanado la noble y legendaria figura de Santa Teresa. En su drama, que han por incomparable los públicos y reputan inspirado los doctos, la Santa aparece como una poseída, tal vez como un enferma. No es la fundadora, la mujer varonil que deja la huella de su báculo en Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca y otras cien villas de tanta prez como Granada y Burgos; la consejera de reyes y prelados, cuyo epistolario revela autoridad y firmeza. Es simplemente la débil hija de Alfonso Sánchez de Cepeda, flaca de carnes

y de espíritu exaltado, que muere porque no muere, y en sus transportes de misticismo, habla en sus deliquios con el Esposo, consumiéndose siempre en

la fiebre de un espasmo ultraterrenal.

No hay que culpar por ello al magno poeta de Lutecia. Si no fué en vida de esta manera Teresa de Jesús, debió serlo ó no debió encarnar en ella la tradición todo el misticismo cristiano. Pese á realistas empedernidos, el Arte copia siempre algo más que figuras: traduce símbolos. Peor para la Santa si no hubiera excedido en personalidad á cualquier superiora de noviciados. Pero el transporte místico femenino ha existido y existe en el mundo, y su prototipo no es la fuente doctora de Croiset, sino la enajenada poetisa, retratada por el nuevo Catulo.

El Arte ha ensombrecido sin duda la siniestra figura del segundo Felipe. De prestar crédito à sus defensores, ni él persiguió con saña la impiedad, ni menos fué verdugo de su primogénito, ni intervino en la muerte de Escobedo, ni fué siervo del inquisidor, ni odió á la humanidad hasta el punto de alzar en el corazón de la sierra un monumento helado á la muerte. Sin embargo, el hijo de Carlos V es para todos el padre sin entrañas, el exterminador implacable de herejes, el espíritu estrecho que pretendió dominar el mundo para comunicarle el desprecio de las cosas terrenas y regirle desde una miserable celda desmantelada. Así debió ser. Si fué de otro modo, Felipe II perderá su grandeza y quedará como tipo del rey fervoroso católico, un ente posible que, imponiendo á los mundos la absurda lógica de la fe, detiene la marcha de la humanidad para vivir con suciedad y morir con lepra.

Criticos tan eruditos como poco piadosos, em-

pequeñecieron no ha mucho la grandiosa figura de Cervantes, en quien nos mostraron nada menos que á un defraudador y un picaro solemne. No importa. Tenemos el Quijote, y el Quijote no es eso. Pese á los manuscritos, á los hombres, como á los pueblos, tenemos que juzgarles a fructibus eorum.

Revolved manuscritos y veréis disiparse todas nuestras grandezas. El Cid fué un vulgar mesnadero que alquilaba sus huestes; Guzmán, un débil soldado irresoluto, pecador por tardío en decisión y respuesta; Gonzalo de Córdova, un audaz impulsivo; Hernán Cortés, un engañador sin entrañas, y un loco afortunado Colón. Pero el Arte no ve sino la jura en Santa Gadea, Tarifa, Flandes, Méjico y Nuevo Mundo. Grandes fueron las obras; si la Historia dice que fueron pequeños sus autores, la Historia ha mentido.

Y en la maldad como en el error cabe cierta grandeza. A todos se nos antoja grande Pedro el Cruel, regando su camino con sangre de hermanos y aniquilando á la nobleza bajo la maza de Juan Diente. Pero un don Pedro el Justiciero, ni merece mención, por la pequeñez de sus torpes justicias, ni explica toda una era de turbulencias. Contra esa versión, acaso veraz, pero ruin y mezquina, dan testimonio vivo los campos de Aragón y Castilla, talados á cercén para siempre; esas sierras abruptas y bravas, en cuyas cimas peladas y escuetas se alzan los despedazados castillos, que aun tienen plazas de armas donde asoman, sobre las amarillentas claves sombrías, las barras de Aragón ó la media luna invertida del Condestable.

No se equivoca el Arte al pintar á sus héroes según sus obras. Teresa de Jesús es grande en sus transportes ideales y vulgar en sus andanzas hombrunas. Los hechos han pasado como si Pedro hubiera sido cruel, Felipe fraile odioso y fiera dañina Torquemada. ¿Que no fueron así? Tanto peor para ellos. A otros hombres corresponderá la grandeza en el mal indudable que los hombres maldicen y las mujeres lloran. Del papel de verdugos habrán pasado al más bochornoso de ayudantes. Ni siquiera para el error ó el crimen habrán tenido talla. Teresa no sufrirá desequilibrios, pero habrá sido un simple juguete de los magnates egoistas y de los frailes de su tiempo.

El Arte, cuando observa, cuando se inspira en la observación y en los fenómenos científicos, dice siempre verdad. Dados los efectos, así debió ser lo que los produjo. En cambio, la Historia, esa institutriz odiosa y pedante de la vida, ¿cuándo dice verdad? Tal vez nunca. Historiadores asalariados, cronistas aduladores por merced ó por suma, cuidaron de aureolar muchos nombres que merecieron sólo el desprecio. Interesa á la Iglesia que la santa doctora haya sido un espíritu varonil y entero. Place á la autoridad soberana que hayan sido justicias los crimenes de Pedro I y magnitudes las miserias de Felipe el austriaco. Pero el hecho que vive vale más que el que se relata. Contra todas las apologías están las obras del espíritu atormentado de Santa Teresa; contra todos los pergaminos se alza la mole fria, desoladora, tétrica y egoista de El Escorial. ¿Qué importa lo que digan los códices, si alli hablan las piedras?

¿Queréis juzgar con acierto á los hombres? Mirad lo que hicieron. Un hombre es una arista que vuela, un fulgor que pasa. Un hecho es un hecho. En él colaboran generaciones, pueblos y siglos; en él, cuando mueve y transforma el mundo, va impresa siempre, gigantesca y severa, la mano de un Dios.

IX

...Y uno de los viejos, subiendo con un movimiento instintivo la capa á sus hombros, dice, hablando del 1907:

-Aquel año cayó tanta nieve, que los pordioseros tuvieron que retirar de la calle á los niños.

— ¡Qué atrocidad! — interrumpe un oyente — . ¡Eso no puede ser!

\* \*

—No crea usted por eso—prosigue el venerable anciano—que había ya terminado por aquellos tiempos la sensiblería. Algún escritorzuelo hizo sus parrafadas emocionantes describiendo la loca carrera de los chicuelos medio desnudos, descalzos, llorando de frío, tras los señorones envueltos en pieles. La verdad es que nadie hizo caso de semejante tontería.

—Ni habría para qué—dice un joven hirsuto—. Ya lo ha cantado nuestro glorioso poeta Martín Martínez:

Un niño que muere. ¡Oh, señora de Castelo!
Es un ángel más, porque consigue entrar en el cielo.
Jesús le acoge,
los querubines cantan.
La Virgen ríe y los
ángeles se levantan.
Amén.

-¡Amén!-claman á coro los circunstantes, conmovidos por este grito de poesía.

\*

—Ciertamente—comienza á perorar un muchacho pálido—, nuestra generación es mucho más sabia. Somos rebeldes y hemos roto todos los viejos artificios. Nos repugna aquella abominable teoría del progreso humanista. Pues ¿y la Libertad? ¡Chin, catachin!

—Hay que volver—interrumpe un literato—á las cántigas. Fuera de las cántigas, nada. ¿Se acuerdan ustedes de Zorrilla?

-;Ja, ja, ja, ja!

-Pues dy Campoamor?

-¡Je, je, je, je!

—¡Qué brutos eran nuestros antepasados, pero qué brutos!

—Según qué antepasados, amigo. No me negará usted que Villasandino...

Que parryas al Mexias dixeron gentes discretas Jeremias e Issayas...

-¡Oh, amigo! ¡Eso eran romances inspirados!

E los santos cantarán por ti en gloria chançonetas. ¡Oh, beata ynmaculata! sin error des le abeniçio, byen barata quien te cata....

-¡Sublime!

- Estupefaciente!

-¡Viva la juventud!

-¡Hossana!

\* \*

—Mi cuadro—dice un bello artista—no es como aquellos del siglo XX; simboliza el nuevo ideal. Es una sinfonía en ultraviolado mayor. He arrojado alli el color, magna, impía, brutalmente. Es la dislocación de un alma atormentada. Se adivina la primitiva ingenuidad á través de las manchas informes. La llamo el torbellino; es algo caótico en que danzan rocas, abismos, siniestros perfiles. Al fondo una gran mancha roja es la carne que se rebela...

-¡Bravo!

-Mi abuelo dice que, cuando se perdió Catalu-

ña, surgió el espasmodicismo.

—Perdone usted; fué mucho después, cuando fué Andalucía incorporada definitivamente á Inglaterra.

—Compuse yo entonces mi célebre canción al amor.

-Pero ¿usted ha cantado el amor?

-¡Ja, ja, ja! ¡Magnifico!

-¡Delicioso!
-¡Frapante!

—Hombre: eso es despreciable. Es, ¿cómo lo diré yo? ¡Victorhuguesco!

-Callad y arrodillaos. ¿No ois murmullos y bis-

biseos?

-Parece rumor de marea:

-Algo así como un refunfuño doliente.

-Pues bien; es el Rosario que pasa.

\* \*

—No crean ustedes—pronuncia con voz cascada y débil el viejo—que todo en aquel tiempo era abominable. En los establecimientos públicos no se servía, como ahora, manzanilla con cocaína ni uvas con éter; pero había muy buen café, y en los teatros todavía brillaban mujeres hermosas, aunque algunos transformistas italianos comenzaban á quitarles su público. Se discutía si el Arte debía ser moral, pero á las veces...

-¿Qué es la Moral?

-La Moral es la verdad justa.

-Et ¿quid est veritas?

—Permitan ustedes que continúe. Estaba la carne casi de balde, á tres pesetas... Ya se comenzaba á hablar de la independencia de las regiones.

-Eso, eso es lo importante. Yo soy catalanista.

-Yo zaragotarra.

-¡Viva Cáceres libre!

—Calma y comedimiento, señores, que todo se andará.

\* \*

¿Qué es esto? Las figuras se borran, las voces se apagan, el paisaje se desvanece... ¿Habrá sido todo una pesadilla? Está amaneciendo y nieva; nieva, airada, tenaz, copiosamente. Parece que la tierra va á congelarse, que el sol no ha de volver á lucir, que, con el calor del planeta, va á consumirse en el corazón de los hombres el rescoldo, que la humanidad va á perder para siempre virilidad, amor, genio, entusiasmo... ¡pero ya veréis como no, amigos míos; ya veréis como no!

7

Sonaron doce campanadas lentas, gruñidoras. Con el año terminaba para mi la lectura del libro de Cimbali sobre *El derecho del más fuerte*. Dejé sobre la mesa de trabajo el prematuramente arrugado volumen, y corrió por mis venas el frio, y por mi cerebro la sensación desabrida de la soledad.

Me acerqué à las vidrieras; estaban cubiertas de un vaho lacrimoso; limpié con el pañuelo aquella congelación semejante à esmeril y vi un farol frontero, dentro del cual la llama oscilaba azotada por el huracán. Más allá y más acá, tinieblas. En la calle, ni un solo transeunte. Lo que terminaba, ¿era sólo el año ó era también la humanidad en la tierra?

Volví á sentarme frente al pupitre. No; no terminaba la humanidad. Estaba condenada á renovarse para sufrir irremisiblemente los mismos dolores, iguales injusticias, iniquidades y maldades idénticas. Sus sollozos serían, como aseguraba Cimbali, el eterno coro que acompañase al triunfo del más fuerte. Año nuevo, dolores nuevos; flamantes lamentaciones estériles. Los hombres continuarian siendo lobos para otros hombres. Y todos los años, en el silencio de la noche, sonarían otros doce golpes metálicos, de vibración refunfuñante, para anunciar, con el advenimiento de una cifra en el tiempo, el triunfo de la perpetua crueldad.

Me invadió un sopor invencible, un cansancio infinito de todo y de todos. Luego se cerraron mis parpados sobre una protesta de Turati. Cuando desperté ya era el día.

Froté mis ojos, apagué la luz, me acerqué à las vidrieras y vi la calle poblada de transeuntes madrugadores. Todos acudian à sus negocios, esto es, à sus ambiciones y sus maldades. Indiferentes à la llegada del nuevo año, demostraban con su marcha impasible que no esperaban ningún magno suceso y que se hallaban resignados con la continuación de la eterna injusticia.

Por una extraña asociación de ideas, pensé en los grandes ideales de redención, en las altas empresas caballerescas, en el libro inmortal de... ¿de quién, Dios mio? Sentí una sacudida nerviosa. ¿Qué era aquello que me ocurria? Sin duda había enfermado gravemente, puesto que no podia recordar el nombre del autor del Quijote. Era asombroso è inau. dito. Concentré mis ideas ... ¡Nada! ¿Cómo se llamaba el ingenio sublime, el glorioso manco? Corri presuroso à un estante; tomé un ejemplar del Ingenioso Hidalgo; mirė la portada, v me restreguė con furia los párpados. Se había borrado el nombre del autor. Busqué otro ejemplar; la misma mutilación absurda. Golpeé con la mano mi frente rebelde. Estaba perdido. El nombre inmortal se había disipado en la sombra.

Una nueva contrariedad vino à aumentar mi sobresalto. Pensé en el héroe del Romancero, y no pude articular su nombre; hice la prueba con otros de guerreros, de sabios, de artistas. Habían desaparecido, no solamente de mi sensorio, sino también de mi biblioteca. Todas las gloriosas figuras de la Historia quedaban anónimas; eran una sombra impenetrable en mi frente y un espacio en blanco sobre el papel.

Corri à la calle trémulo. En ella vi una agita-

ción desusada. Todo el mundo se preguntaba, se reunía en corros compactos. En el primer grupo se disputaba con acritud si el nombre del Gran Capitán acababa en iro ó en eño. Llegué á una librería. Alli, un centenar de literatos y hombres de ciencia registraban volúmenes, revolvian estantes. Todos los apellidos gloriosos estaban en blanco. Ninguna memoria retenía los nombres de los varones inclitos. Una inmensa tribulación se extendía de un extremo á otro de la villa afligida. El hecho inexplicable, brutal, era una burla feroz del Destino.

La célebre batalla fué ganada; pero ¿por quién? El libro inmortal había sido escrito; mas ¿por qué mano? Había sido alzado tal monumento por otro genio; pero ¿en honor de cuál? Se había perdido hasta el nombre mismo de quien había derribado las inscripciones del bronce y del mármol.

Año nuevo... pero el año nuevo traía por primera vez el olvido, no total, pero sí de los nombres famosos. El autor del Sueño de Scipión, aquel orador tusculano, cuyo apelativo perdióse en tinieblas, lo había predicho. Todo se olvidaria, porque la gloria de los hombres era sólo un sonido vano. De igual modo, el poeta desconocido de las Doloras recordaba melancólicamente en un tierno poema las dichas sin nombre.

Volví à mi albergue, me senté de nuevo frente al pupitre. Alli estaba el libro que daba razón à los fuertes; pero en la portada, no subsistía el nombre del autor. El tiempo vencía, más fuerte que el poder, más vigoroso que la gloria, piú che l'amore. Lo que habian de hacer à la postre los siglos, lo había realizado sólo una noche. Centenarios, estatuas, discursos eruditos, todo ello había terminado por siempre. El único monumento conmemorativo posible sería en adelante un arca de

piedra, con un interrogante en el pedestal y esta sobria inscripción en el plinto: «A sus bienhechores anónimos, la humanidad reconocida.»

Parecióme entonces que la fatalidad no hacía sino extender à los afortunados en el combate por la gloria el fallo inexorable del olvido y la ingratitud, que había fulminado sobre los héroes del sic vos non vobis. ¿Cómo se llamaban los humildes artifices que levantaron frente al desierto las pirámides y labraron á martillo los hipogeos? ¿Cómo los soldados de las Termópilas y los que abrieron paso à un tirano en el Rubicón? ¿Quién construyó esas góticas catedrales de caladas agujas en que vaga doliente el espiritu enfermo del cristianismo? ¿Quiénes fueron los autores del Romancero, de nuestras leves tradicionales? ¿Quién hizo la azada? ¿Quién inventó el pan? Como ha dicho un poeta. las coronas las ganaron las manos; pero fué la cabeza quien las mostró en sus sienes. Toda gloria era acaso una usurpación, y así, al olvidarse los nombres de los triunfadores, se había realizado por el año nuevo una gran justicia.

En lo sucesivo, los hombres lucharían antes por el derecho que por la fama. La labor de cada uno iría edificando la gloria de todos. Por su parte, los contemporáneos dejarían de consagrar largas vigilias á escudriñar archivos, á ensalzar nombres, á deificar figuras de barro, mientras millones de hombres útiles quedaban en el arroyo sin comer.

Y volvi á abrir el libro y pensé que, si no en una noche, se haría esta gran equidad en el transcurso de muchos siglos; que si el tiempo podía borrar el poder de los sabios, también podría hacer imposible la inicua victoria de los poderosos, y que pese al autor del libro italiano, el triunfo de los fuertes no sería por siempre imperecedero...

XI

Sobre los surcos endurecidos del agostado cebadal, han caído de bruces bajo la ardiente metralla de la artillería... ¿varios moros intrépidos? ¿algunos bandoleros armados? No, sino una anciana y dos niñas. El hecho ha ocurrido entre Getafe y Pinto, durante las últimas maniobras. No esperaban ciertamente las víctimas sucumbir al golpe de los proyectiles, ni más ni menos que el marqués del Duero ó el bravo comandante Prevost. Así no habrán encontrado, al desplomarse, ni el gesto glorioso ni la actitud heroica; un torpe traspiés y la caída brusca sobre la tierra implacable y sedienta.

No hay, según parece, por qué afligirse. Los periódicos aseguran que las victimas eran tres golfas. ¡Tres golfas! ¡Y dos de ellas no contaban diez años! Es un modo como otro cualquiera de acabar con la golfería, ó si queréis mejor, con la dropería: pulverizarla á cañonazos; lo malo es que no siempre tendrá la bondad de ponerse á tiro.

Se da ingeniosamente por reconstituida la trágica escena. La vieja y las niñas vagaban por el campo en espera de hallazgo ó de caza furtiva. Un trozo de metal vino á caer cerca de sus pies, y una de ellas se inclinó para recogerlo. ¡Era una espoleta de cobre! Los soldados arrojaban á un enemigo imaginario una verdadera fortuna. Bandas, espoletas, balines, eran de aquel metal que suplanta al oro, y con el cual es posible adquirir pan, aceite y legumbres. Los héroes modernos se ametrallaban

con cobre pulimentado, como pudieran hacerlo irritados los gnomos con esmeraldas. La guerra, devoradora de fortunas, empobrecedora y aniquiladora de pueblos, arrojaba á los vientos sus tesoros, como el usurero en días de padrinazgo arroja sus tarines à la chiquilleria para gozar de una hora de esplen-

El estupor debió turbar à las infelices. ¡Cómo! ¿Los hombres se mataban unos á otros con pedazos de cobre, mientras millares de ancianas y niñas como ellas mendigaban el céntimo en vano? Aquello era absurdo. Y una idea invencible debió asaltarlas: apoderarse, aun con riesgo de la existencia. de las bruñidas fajas metálicas que, vendidas al peso, debian procurarles por una noche un pedazo

de pan y un miserable albergue.

E hicieron por el cobre frente à la artillería. como por el oro los ingleses del Cabo. ¿No han sido el pan y la carne lo que se ha jugado desde Gengis Kham en todas las guerras con dados de hierro? Alli un fogonazo y una detonación: alli pecho adelante la vieja y las niñas, como Napoleón en Lodi, enarbolando en la mano crispada la bandera de la miseria, con pliegues de informe jirón de percal. Más lejos rasga los aires el clarin. Alli, como en Bailén, está el agua y el pan de la cena. ¡Adelante, hijas mias! De pronto, una granada surca los aires describiendo una línea de fuego y estalla revolviendo en sus entrañas la tierra con horrisono y espantable fracaso. La vieja y las niñas muerden el polvo como Leónidas, el admirable golfo espartano. Buscaron la fortuna y cayeron. He aqui el lema de los vencidos. Han cumplido con su deber.

Suponed que en lugar de arrojar los cañones pedazos de cobre, hubieran lanzado al terruño riquezas, predominios, honores y seguros encumbramientos. ¿Quién hubiera censurado el arrojo del que se hubiera lanzado á recogerlos bajo el fuego enemigo? David, Alejandro, César, Carlomagno, esos cuatro reves de la clásica baraja francesa. fueron sólo ambiciosos, y con ellos, Ciro, Vercingetorix, Pelavo, Federico II v Bonaparte. El poder. la gloria, estaban en el campo enemigo. Con el nombre de gloria, lo que buscaban en las cenizas de los campos talados eran bandas de cobre, trozos de metal más ó menos rico; quitad la esperanza del botín, v podréis borrar de la Historia á Pizarro y à Hernán Cortés. La patria es santa, es noble,

es divina; pero la ambición es humana.

¡Ah, las pobres mujeres! No pedian sus legiones á Varo, ni sus márgenes al Rubicón, ni su misterio à Gordios, ni el dominio de sus estepas à Rusia. Demandaban el pan de un sólo día y el refugio de una noche cruel. Estimaban su vida en menos que quienes la trocaron por un trozo de marmol esculpido, puesto que la jugaban contra un poco de alimento y calor. Y si en lugar de espole. tas de cobre hubieran entrevisto sonrisas y besos. algo de respeto y cariño, unas miserables migajas de amor, ¡con qué arrojo no se hubieran lanzado á las baterias y presentando á los igneos proyectiles su pecho, destrozado por la injusticia y la ajena impiedad!

Yo quisiera que aqui, donde no falta un monumento à caudillos cuyo mérito principal consistió en mostrar un papel enrollado en su mano ó en señalar en el horizonte à un punto invisible, no faltara un plinto y una columna á esas mártires del humano egoismo. Educadas en Orleans y en el odio à Inglaterra, cualquiera de ellas se hubiera llamado la Pucelle; criadas en el Coso y colocadas en el Portillo, con el fanatismo en el seno, hubieran merecido el loor de Agustina. Fué la miseria su enemigo, y lucharon contra ella bravamente. Sin hogar y sin madre, tal vez sin la esperanza en el cielo, se lanzaron al fuego de las bombas. ¡No tenían otro calor!

Honor á los vencidos. ¿Tanto cuesta un redoble? Pasen los restos de esas mujeres, si es que no sobreviven á su infortunio, ante los hombres descubiertos. Son heroínas de la miseria, y la miseria llama ha tiempo á nuestros postigos de bronce. ¿Quién sabe las batallas que todavía ha de sostener? ¿Quién puede jurar que no será de ella la victoria definitiva?

## XII

Descubrios: voy á hablar de los niños. La tradición demanda para ellos ternura, solicitud, afecto entrañable. Yo os pido respeto; aquella unción con que prestaba maravillados los oídos Giorgini á festivis jocis hilarique cachinno y con que el inmortal Carducci escucha regocijadas y rumorosas las risi é festa di bisbigli. Son la fuerte debilidad del porvenir que llega. En sus labios es la futura bienaventuranza quien rie.

¿No os sobresalta, con el recuerdo de otra vida más alta y solemne, cuyas auroras se esconden en azulados jirones de niebla, el eco balbuciente de un canderoso charloteo, la visión de una marcha oscilante, insegura, como primera correría de pinzón en el surco, la contemplación de una cabecita rapada, en cuya frente se esconde el enigma y la mirada de unos ojos magnos interrogantes? ¿No os sentis entonces más buenos con vuestros deseos de acariciar y más fuertes con vuestras nobles ansias de proteger? Después de la contemplación del cielo estrellado, nada hay tan inefable como la tibia sensación en el brazo del peso de un niño que pregunta ó que duerme.

Ni la soberana embriaguez del placer y del triunfo, ni el anonadamiento del dolor que atenaza ó de la fatiga que enerva, ni el amor mismo, al pasar sobre nuestras frentes y sacudir sobre ellas el polvo de sus alas, pueden hacernos olvidar el inmenso, el inescrutable misterio que nos rodea. Dos hechos decisivos é inexplicados acotan la vida: nacimiento y muerte. Más allá ó más acá, la sombra, el misterio absoluto. ¿Adónde?, decimos sin querer, viendo á la senectud, cuya temblorosa cabeza blanquea, inclinada sobre su báculo, como si tanteara la oquedad de la tumba y prestara el oido al augusto silencio interplanetario. Y al mirar el primer revuelo del niño, en cuyas escrutadoras pupilas creemos contemplar los destellos de ignoradas y centelleantes nebulosas lejanas, arrulladas por la hirviente armonia de los mundos, involuntariamente preguntamos: ¿De dónde?

Todos, al dejar la niñez, hemos perdido una sublime reminiscencia y hemos borrado de nuestra frente un signo inmortal. Todos hemos llevado con nosotros la clave ingenua de lo absoluto, como el esclavo de Menón. Y así nos sobresaltamos al recordar nuestros años clarividentes, queriendo hacer revivir en nuestro cerebro sus confusas imágenes, reproducir en nuestro sensorio sus intensas vibraciones primeras. Sólo en la infancia fuimos felices. Error. Es que sólo después de perdida va-